PABLO DE TARSO, DE LA ADHESIÓN PERSONAL A CRISTO AL COMPROMISO COMUNITARIO Y SOCIAL

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ¹

Con un estilo personal e impecable, el autor nos ofrece una mirada desde la vida espiritual de hoy a los contenidos sustanciales de la teología paulina. Entra en el núcleo de la gratuidad para liberarlo de las interpretaciones parciales y contaminadas del individualismo posmoderno. Llama la atención cómo personas y grupos hacen bandera de san Pablo para justificar el intimismo o el aislamiento en la vida espiritual. Pero lo más importante es el subrayado de la Gracia como fuente de compromiso comunitario y social del cristiano.

¹ Nació en Alcira (Córdoba, Argentina) el 18/07/1962. Ordenado sacerdote en 1986, completó su licenciatura en teología bíblica en 1988 en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Luego terminó el doctorado en teología en 1992 en la Pontificia Universidad Católica de Buenos Aires. Fue párroco, director de catequesis, asesor de movimientos laicales, fundador de un Instituto de formación laical, locutor radial, formador del Seminario Mayor y colaborador en la formación permanente de los presbíteros en su Diócesis de Río Cuarto. Colaboró con la Conferencia Episcopal Argentina en la comisión de Fe y Cultura y en el Secretariado para la Formación Permanente de los Presbíteros. Colaboró también en la redacción de los documentos episcopales: *Jesucristo Señor de la Historia*, *La Nación que queremos* y *Navega Mar Adentro*. Actualmente es decano de la Facultad de Teología de la P. Universidad Católica Argentina (Buenos Aires) y presidente de la Sociedad Argentina de Teología. Ha colaborado con el CELAM en diversas reuniones de reflexión teológica y pastoral y fue perito y redactor en la V Conferencia de Aparecida. Ha publicado más de ciento treinta artículos en revistas científicas, y más de cien libros de teología, exégesis, espiritualidad y formación permanente en Argentina, México, Colombia, Brasil, España, Italia y Bélgica.

1. Un atractivo mensaje de libertad (8); 2. ¿Puntos débiles de la propuesta paulina? (9); 3. Una propuesta radicalmente social (11); 4. La conexión profunda entre la gratuidad y el compromiso sincero (14); 5. El estilo comunitario y participativo de Pablo (15); 6. Un misionero nada burgués (19).

1. Un atractivo mensaje de libertad

Del mensaje de Pablo de Tarso conocemos particularmente su enseñanza sobre la justificación por la fe y no por las obras de la ley, que suele identificarse como un mensaje de libertad. Es una experiencia del individuo que, aferrándose a Cristo salvador, y confiándose a él sin dudar, recibe la justificación como puro don gratuito. Este amor salvífico de Dios no se compra, no debe ser pagado, no debe ser merecido. Es pura gracia que mana de la entrega definitiva de Cristo en la cruz. Si lo mereciéramos con el cumplimiento de leyes religiosas, entonces *Cristo habría muerto en vano* (Gál 2, 21). Esto libera al individuo del tremendo peso de tener que pagar lo que no tiene precio, de la esclavitud de quien busca la salvación en el cumplimiento de normas que no tienen poder salvífico en sí mismas. Por eso Pablo definía la auténtica vida cristiana como *libertad*. Así se lo expresaba a los gálatas, tentados a volver a la esclavitud de la ley: *Para ser libres nos liberó Cristo. Mantengámonos firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud* (Gál 5, 1). Cuando un grupo de cristianos se acercó a la comunidad de Antioquía para insistir en el cumplimiento de determinadas normas como condición para ser justificados, Pablo dice que llegaron *para coartar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y reducirnos a esclavitud* (Gál 2, 4). Pero él estaba decidido a no ceder en este punto porque *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* (2 Cor 3, 17). Debido al contexto en que se movía, Pablo se refería especialmente en las leyes judías referidas a la circuncisión y a los alimentos. Pero un discípulo suyo, dirigiéndose más bien al mundo pagano, tradujo esta enseñanza de un modo más universal: *Esto no proviene de ustedes, sino que es don de Dios, y no es resultado de las obras, para que nadie se gloríe* (Ef 2, 8-9). Precioso mensaje que fue admirablemente interpretado por Tomás de Aquino en su teología sobre la Ley nueva:

El que obra por sí mismo obra libremente; pero el que recibe de otro el movimiento no obra libremente. El que evita un mal no porque es un mal, sino porque hay un precepto del Señor, ése no es libre. Por el contrario, el que evita un mal simplemente porque es un mal, ése es libre. Esta es la obra del Espíritu Santo que perfecciona interiormente nuestro espíritu (Coment. 2 Cor 3, 17, lect. 3).

Entonces, no se trata sobre todo de esforzarse movidos por una norma externa que nos esclaviza, sino de permitir que el Espíritu nos movilice desde nuestra propia libertad: *“El que se deja llevar por el Espíritu es libre, ya que su buen obrar brota desde dentro de su propia libertad impulsada por la gracia* (Coment. 2 Cor 3, 17; lect. 3, n. 112).

Tomás, fiel al pensamiento paulino, quiere mostrar que la principal novedad de la ley del Nuevo Testamento no está en que contenga preceptos más nobles, sino en la gracia del Espíritu. Sólo el Espíritu Santo *produce en nosotros el amor, que es la plenitud de la Ley* (Coment. 2 Cor 3, 6; lect. 2). Entonces, la Ley nueva es *principalmente la gracia del Espíritu Santo dada a los cristianos* (ST, I-IIae., 106, 1). Aun lo que nos manda el Evangelio es incapaz de justificarnos como ley exterior. Por eso, sin la gracia, también el Evangelio nos llevaría a la muerte:

Como elementos secundarios de la ley evangélica están los documentos de la fe y los preceptos que ordenan los afectos y actos humanos, y en cuanto a esto la ley evangélica no justifica. Por eso dice el Apóstol en 2 Corintios que la letra mata, pero el Espíritu da la vida. San Agustín, exponiendo esta sentencia, dice que por letra se entiende cualquier escritura exterior al hombre, aunque sean los preceptos morales como se contienen en el Evangelio. Por eso también la letra del Evangelio mataría si no tuviera la gracia interior de la fe, que sana (ST, I-IIae., 106, 2).

Finalmente, Tomás explica que la ley de los cristianos es una ley *de libertad* por otra razón: porque los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles *son poquísimos* (ST, I-IIae., 107, 4). Citando a San Agustín dice que los preceptos que la Iglesia añadió posteriormente deben exigirse con moderación *para no hacer pesada la vida a los fieles*. Porque, si se llena a los cristianos de normas, convertimos nuestra religión en una esclavitud peor que la del judaísmo más legalista, cuando en realidad *la misericordia de Dios quiso que fuera ‘libre’* (Ibid.). El Evangelio una *ley de libertad*, que nos indica pocas obligaciones y nos deja actuar según nuestro propio discernimiento: *Se llama ley de libertad porque la ley antigua determinaba muchas cosas, y eran pocas las que dejaba a la libertad de los hombres* (ibid, 108, 1.).

2. ¿Puntos débiles de la propuesta paulina?

Todo esto suena muy bello, pero cualquier individualista aburguesado podría aplaudir complacido esta doctrina. Por eso uno comienza a preguntarse qué tipo de opciones cristianas moviliza esta enseñanza, qué aliento y qué peso real otorga a la lucha por la justicia, al compromiso comunitario, a la donación martirial de la propia vida por el otro. De hecho,

uno podría acusar a Pablo de un creciente individualismo. ¿Qué paso con el *nosotros* de 1 Tesalonicenses (1,1) de Filipenses (1, 1) y de 1 Corintios (1, 1-2), que se convirtió en un potente *yo* en Gálatas (1, 1.6) y sobre todo en Romanos (1, 1.8.16)?

Podría decirse, de hecho, que el acento paulino en la libertad del individuo justificado, a partir de su relación personal con Jesucristo, da lugar a un estilo de cristianismo donde los otros no dejan de ser secundarios, y en el fondo, irrelevantes.

La realidad es que en Occidente se desarrolló una doctrina de la gracia muy intimista e individualista, en estrecha conexión con los textos paulinos. En el jansenismo, donde la gracia alcanzó un lugar muy relevante, todo hacía referencia a la relación del individuo con Dios, y la concupiscencia se identificaba excesivamente con las inclinaciones sexuales. No se advertía con claridad la primacía del amor al prójimo y las exigencias sociales del Evangelio como criterios principales para discernir adecuadamente sobre la autenticidad de la relación con Dios. Y el jansenismo ha tenido una influencia profunda y perdurable en la configuración del catolicismo moderno.

Podemos decir que el pensamiento protestante no ayudó a la Iglesia católica posterior a Trento a desarrollar esta idea comunitaria y social de la liberación, porque la obligó a plantear las cuestiones ligadas a la salvación desde un punto de vista exclusivamente individual. La teología de Lutero se fue desarrollando en el fragor de la polémica, que le llevó a acentuar la relación individual de la persona con Dios. Sin desconocer el valor y la riqueza del pensamiento de Lutero, la realidad es que *esta forma de reaccionar incluye el peligro de un particularismo* que a veces ha originado un *subjetivismo podrido*². De hecho, *la teología protestante está muy vinculada al sujeto histórico liberal*.³ Además, las circunstancias históricas llevaron a que el Protestantismo estuviera íntimamente vinculado, desde sus comienzos, a la promoción de los intereses del individuo y a la mentalidad capitalista. Por eso *la ideología protestante unifica la libertad del individuo, la democracia liberal y el progreso económico como expresión del espíritu protestante*⁴. Por el mismo motivo de fondo *la situación proletaria, en la medida en que representa el destino de las masas, es*

² J. I. GONZÁLEZ FAUS, *La humanidad hueva. Ensayo de Cristología*, Santander 1984, 563.

³ L. BOFF, *Y la Iglesia se hizo pueblo. "Eclesiogénesis": La Iglesia que nace de la fe del pueblo*, Santander 1986, 210.

⁴ R. ALVES, *O protestantismo como vanguarda da liberdade e da modernidade*, en VARIOS, *Protestantismo e repressão*, São Paulo 1979. 42.

reacia a un protestantismo que, en su mensaje, pone a la personalidad individual frente a la necesidad de tomar una decisión religiosa, pero abandonándola a sí misma en la esfera social y política, por considerar que las fuerzas que dominan la sociedad han sido ordenadas por Dios⁵.

¿Qué puede aportarle entonces Pablo al sujeto posmoderno, embelesado por la libertad de consumo y la privacidad cómoda? El mundo actual, con todos sus valores, padece la enfermedad del consumismo individualista, y mutila a la persona en su apertura al otro, provocando así una creciente disolución de los vínculos sociales. Se aprecian en teoría los valores comunitarios, pero los hábitos cotidianos del actual estilo de vida llevan a optar de hecho por una vida clausurada en los propios intereses, escapando de las exigencias de los demás. Es frecuente el encierro en un mundo ficticio de deseo y de insatisfacción que aleja a las personas de un camino fecundo de encuentro con el otro, con lo real, con la vida misma. Hay un hondo deseo de encuentro, pero al mismo tiempo un tremendo temor a comprometerse, a involucrarse, a ser limitado o perjudicado por el otro. ¿Podría la enseñanza paulina aportarle un fuego comunitario y social a este sujeto ensimismado? Esa es la gran pregunta.

3. Una propuesta radicalmente social

Mi respuesta es decididamente positiva, porque hubo un punto de inflexión en la historia misionera de Pablo. Un momento de honda comprensión que lo llevó a una integración profunda de sus convicciones sobre la libertad cristiana con las exigencias sociales del Evangelio. Porque esa pregunta es la que le hicieron a Pablo los apóstoles de Jerusalén cuando aprobaron su enseñanza en medio de los paganos, pero le pidieron sólo una cosa, imposible de practicar sin romper en pedazos la matriz pagana.

Las características del paganismo de raíz griega, marcadamente individualista, contrastaban con el fuerte espíritu comunitario de los cristianos venidos del judaísmo. Por eso es razonable que los cristianos de Jerusalén temieran que, en ese contexto pagano, la fe cristiana fuera absorbida por ese estilo de vida centrado en el propio ego, las propias necesidades, la propia gloria. Por eso los apóstoles de Jerusalén le insistieron a Pablo que tuviera presentes a los pobres (Gál 2, 10). La preocupación por los pobres era un criterio elemental para discernir si los miembros de sus comunidades venidas del paganismo realmente habían abandonado la forma de vida típicamente pagana.

⁵ P. TILICH, *The Protestant Era*, Chicago 1962, 161.

Eso nos permite entender por qué Pablo utilizó todos los argumentos posibles para motivar a los corintios a ser generosos en la colecta que realizó allí para los pobres de Jerusalén (2 Cor 8-9). Pablo mismo presentó esa colecta a los corintios como un elemento de discernimiento que permitiría mediante el interés por los demás, probar la sinceridad (2 Cor 8, 8) de su amor cristiano. E insistía: *¡Muestran ante la faz de las iglesias la caridad de ustedes!* (2 Cor 8, 24). Además, dijo a los corintios que una colecta generosa permitiría que los cristianos de Jerusalén *glorifiquen a Dios por vuestra obediencia en la profesión del Evangelio de Cristo* (2 Cor 9, 13). Queda claro que él quería ir a Jerusalén con un signo elocuente de que él había tenido en cuenta el pedido que le habían hecho. Sólo así se demostraría que también los corintios podían ser auténticos cristianos. La colecta en Corinto felizmente fue exitosa (Rom 15, 26-27).

No debería llamar la atención que Corinto sea la ciudad elegida para escribir la gran síntesis de su predicación –la carta a los romanos– antes de salir para Jerusalén en su último viaje. La de Corinto es una típica comunidad paulina, distintiva de todo lo que resultaba molesto o preocupante a los cristianos de Jerusalén. Por eso Pablo tuvo que poner un gran empeño para demostrar, y demostrarse a sí mismo, que los paganos de Corinto podían ser auténticos cristianos sin necesidad de asumir las prácticas judías.

Esto explica los grandes temas de la primera carta que Pablo mandó a Corinto. Allí cuestionó la sabiduría que exaltaban los griegos (1 Cor 1, 17-21; 3, 18-20), destacó que Dios elige lo *que no es* (1, 28), atacó las pretensiones de vanidad y de gloria mundana típicas del individualismo pagano (4, 7-13), rechazó esa idea pagana de libertad que atropella las convicciones de los hermanos (8; 9, 20-22; 10, 23-29), objetó una celebración eucarística donde se desprecia a los pobres (11, 17-22), presentó a la comunidad como un cuerpo donde todos se necesitan, sometió los carismas al bien de la comunidad (12-14) y alentó la colecta para las comunidades pobres de Judea (16, 1-4; 2 Cor 8-9).

A los gálatas, tentados por el rigorismo de algunos predicadores judaizantes, les propone el dinamismo del amor fraterno, una ley que brota espontáneamente de la naturaleza misma de la vida cristiana, ya que la fe *se hace activa por el amor* (Gál 5, 6). Podría resumirse de esta manera: *Si quieren dar la vida y mostrar de cuánto son capaces, déjense impulsar por el Espíritu a entregar la vida por los hermanos, hasta hacerse esclavos unos de otros.*

Poco después, en la carta a los Romanos, se detiene a redactar una larga exhortación práctica invitando a una vida comunitaria fraterna y generosa. En 12, 1 comienzan los consejos que invitan a la paciencia, al servicio, al

perdón, a la responsabilidad, diversas maneras de entregarse a sí mismo *como víctima viva, santa y agradable a Dios* (12, 1). Pero todo culmina en 13, 10: *El amor es la ley en su plenitud*.

Para no quedarse en principios generales, en el capítulo 14 de Romanos, Pablo quiere aplicar esto a una situación muy concreta de la comunidad. Tanto en 1 Corintios como en Romanos, Pablo sostiene con convicción que las leyes y costumbres referidas a los alimentos ya no cuentan para los cristianos, que hemos sido liberados del peso de esas normas. Nosotros estamos sometidos al único Señor de todas las cosas (Rom 14, 8-9; 1 Cor 8, 4-6; 10, 25-26), y ya no hay alimentos que sean impuros (Rom 14, 14-20).

Sin embargo, el cristiano no rige su obrar ante todo por lo que está permitido o prohibido. También está la ley del amor al hermano. Por eso, aunque tenga toda la libertad para hacer algo, el amor puede exigirle abstenerse de un alimento. Aunque no haya normas que se lo manden, uno puede abstenerse de algo para no hacer daño a otro. Aunque sea libre para comer de todo, el que ama es capaz de abstenerse de algo si es para bien del hermano:

Si por un alimento tu hermano se entristece, ya no procedes según la caridad. ¡Que por tu comida no destruyas a aquel por quien murió Cristo! (Rom 14, 15).

Ya en 1 Corintios Pablo había hecho esta opción por el amor más allá de la libertad:

Si un alimento causa escándalo a mi hermano, nunca comeré carne para no dar escándalo a mi hermano (1Cor 8, 13).

Esto no es el ególatra individualismo burgués, que establece la propia libertad como principio supremo y clave de toda decisión. Para el Pablo maduro el cristiano está libre de las leyes, pero para ser esclavo del hermano y llevar su peso. Por eso Pablo, a pesar de haber insistido tanto en nuestra libertad cristiana, no considera esa libertad como un valor absoluto, ya que lo primero para el cristiano no es la libertad, sino el amor al hermano (Gál 5, 13).

Un texto clave para evitar interpretaciones parciales de la enseñanza paulina es 1 Cor 9, 21. Allí Pablo dice: *No estoy yo sin ley de Dios porque estoy bajo la ley de Cristo*. Es decir, su situación, si bien ya no es la de sentirse obligado a cumplir las leyes judías, tampoco es la de un pagano sin ley. Porque aunque no nos salvamos por cumplir leyes, queda en pie una ley que debe ser cumplida necesariamente y cuyo descuido nos aleja del camino salvífico:

Toda la ley alcanza su plenitud en este único (heni) precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Gál 5, 14).

Todos los preceptos se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad, por tanto, es la ley en su plenitud (Rom 13, 9-10).

En el Pablo maduro, la libertad ya no es el principio supremo, sino, en todo caso, la liberación de sí mismo para poder entregarse al otro:

Hermanos, ustedes han sido llamados a la libertad, pero que esa libertad no sea pretexto para la autonomía egoísta (la 'carne'). Antes bien háganse esclavos unos de otros por el amor (Gál 5, 1.13).

Por eso, el luterano Dietrich Bonhoeffer, aún rechazando cierto legalismo católico que parece pretender comprar a Dios con las obras, advierte contra la llamada *gracia barata*, una relación con Dios que no promueve a la persona, que no la compromete con los demás, que no la dinamiza en un obrar renovado por la justicia y la solidaridad. Esa gracia barata es desobediencia al Evangelio: *La incredulidad se alimenta de la gracia barata porque desea perseverar en la desobediencia.*⁶

4. La conexión profunda entre la gratuidad y el compromiso sincero

Sin embargo, no está todo dicho. Porque hasta el momento simplemente hemos afirmado que junto con la doctrina de la justificación gratuita que nos hace libres, Pablo también destacó el primado de la caridad fraterna. Pero tenemos que decir que no son dos convicciones yuxtapuestas. No decimos que, a pesar de su doctrina de la justificación, Pablo da lugar aun compromiso generoso por el pobre. Decimos que es precisamente la doctrina de la justificación, auténticamente comprendida, la que fundamenta una opción social sincera y oblativa. Porque decir que no nos justificamos por las propias fuerzas es el mejor ataque a la idolatría del propio yo, a la autoadoración que lleva a colocar a todos en función del propio ser.

La idolatría del propio yo no permite opciones sociales sinceras, auténticamente oblativas. La concupiscencia que nos acosa, tal como la presenta Pablo en Rom 7, es la inclinación egoísta a mirar todas las cosas en referencia a uno mismo. Esa inclinación, que sólo se domina dejándose transformar por la acción gratuita del Espíritu liberador, no deja lugar a una lucha por la justicia y la solidaridad social que sea genuina, y por lo tanto realmente transformadora. Nadie puede optar sincera y generosamente por

⁶ D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, Salamanca 1999, 34-35.

el otro si no pone el propio yo en su lugar, o mejor, si no permite que Dios con su gracia lo coloque en su lugar.

La íntima unidad que hay en el pensamiento paulino entre la gratuidad del amor divino y la entrega comprometida del hombre, se plasma de una manera peculiar en el pensamiento de algunos teólogos de la liberación. Gustavo Gutiérrez, por ejemplo, habla del sentido de gratuidad como una característica de la lucha de los pobres. La convicción de un amor gratuito de Dios es lo que mueve a una lucha esperanzada por la liberación, y *esta vivencia de la gratuidad no es una evasión, sino el clima en que se baña una eficacia histórica buscada...*⁷. Gutiérrez entiende que una lucha por la liberación sin sentido de gratuidad deriva en un modo de buscarse a sí mismo que desnaturaliza el sentido cristiano de esa lucha. De hecho, cuando el pobre lucha con entusiasmo lo hace convencido de que está respondiendo a una iniciativa del amor gratuito de Dios, y por lo tanto responde a ese amor entregándose por entero en esa dirección. Testimonio de que la preocupación por la liberación social del pueblo para nada contradice el primado de la gracia y la iniciativa del amor de Dios, es la nota que escribió Gutiérrez a la muerte de su amigo Juan L. Segundo, donde se refiere a *la impronta que, siendo estudiantes y a través de maestros diferentes, dejó en nosotros la noción agustiniana del 'primado de la gracia' de Dios en la vida de fe, y por consiguiente en la teología. La convicción de la 'gratuidad del amor de Dios' es la inspiradora de toda reflexión teológica*⁸.

5. El estilo comunitario y participativo de Pablo

Lo dicho hasta ahora permite mostrar que Pablo no responde a los esquemas del individualismo aburguesado, ni en el siglo I ni en la posmodernidad. Pero queda preguntarnos si, más allá de esta mentalidad claramente asumida por él, su estilo de vida eclesial y su modo de vivir el apostolado, tenían o no rasgos individualistas.

Si uno lee atentamente las cartas, especialmente el inicio y el final de cada una, podrá advertir que el estilo de Pablo no era el de convertir individuos que lo siguieran, sino amplias redes comunitarias que pudieran subsistir y desarrollarse sin depender de su persona. Aunque no abandonaba completamente sus comunidades, ordinariamente las seguía de lejos y

⁷ G. GUTIERREZ, *Beber en su propio pozo*, Buenos Aires 1984, 15-16.

⁸ G. GUTIERREZ, *Juan Luis Segundo. Una amistad para toda la vida*, en *Pastoral popular* 251 (Santiago de Chile 1996), 36.

dejaba que se fueran configurando solas, con sus propios dirigentes.

De particular importancia al respecto es Rom 16. En realidad se trata de un conjunto de trozos de distinto origen, que no eran parte de la carta y se añadieron allí por motivos poco evidentes. Rm 16, 1-23 es simplemente una pequeña carta de saludos enviada originariamente a otra comunidad, seguramente a Éfeso.⁹ Si no se entiende que una carta pueda estar conformada predominantemente por saludos, hay que tener en cuenta que hay papiros helenísticos *que contienen, de manera similar, principalmente saludos*¹⁰. La costumbre de añadir estos textos breves a algún escrito importante está evidenciada en Mc 16 y en Jn 21, por ejemplo.

Particularmente señalemos que los saludos de Rom 16, 1-16 difícilmente podrían dirigirse a una iglesia como Roma que Pablo no evangelizó ni conoció personalmente, especialmente si advertimos que se mencionan varias mujeres que Pablo aprecia mucho. Más bien, como muchos sostienen, estos saludos se entenderían perfectamente si se dirigieran a Asia menor, y sobre todo a su capital cristiana donde Pablo vivió mucho tiempo: Éfeso.

Prisca y Aquila (Rom 16, 3) se habían instalado permanentemente en Éfeso (Hch 18, 24-26) después de acompañar a Pablo desde Corinto (Hch 18, 2-3.18-19). En Éfeso eran dirigentes (Rom 16, 5; Hch 18, 26-27), y su casa, que era lugar de reunión de la comunidad, evidentemente estaba en Éfeso. La mención de 1 Cor 16, 19 es repetida en Rom 16, 5. Los textos tardíos y pseudoepigráficos de 1 y 2 Timoteo, enviados a Éfeso (1 Tim 1, 3), son al menos un testimonio de que siempre se pensó que la pareja permaneció en Éfeso (2 Tim 4, 19). Pablo indica que ellos se arriesgaron para salvar su vida (Rom 16, 4), seguramente en alguna de las persecuciones que sufrió en Éfeso. Allí se puede ubicar la prisión mencionada en Rom 16, 7, durante la cual escribió Filipenses y Filemón.

También el saludo a Epéneto da a entender que está escribiendo al Asia menor (Éfeso), ya que le llama *primicias del Asia para Cristo* (16, 15).

Podríamos prestar poca atención a este capítulo y restarle importancia, sobre todo si lo comparamos con el alto vuelo del resto de la carta a los Romanos. Sin embargo, el inmenso valor de estas líneas está en la imagen de iglesia que se refleja en cada uno de los saludos y en el conjunto de los detalles que Pablo menciona.

⁹ Cf. J. J. MC DONALD, *Was Romans 16 a Separate letter?*, NTS 16 (1969-1970) 369-372.

¹⁰ U. WILKENS, *La carta a los Romanos* (cit) 41.

Aquí no se trata de una definición de lo que es la relación entre los cristianos, ni de un estudio sobre la comunión eclesial, sino que se manifiesta concretamente el valor que tenía cada uno para el Apóstol y así puede verse la inmensa importancia que tenía todo hermano o hermana en la fe dentro de la comunidad. No hay *hermanos* en general, sino nombres e historias personales.

Pablo envía estos saludos a través de Febe (16, 1), diaconisa de la iglesia de Cencreas (puerto de Corinto). Y esto indica que en las primeras comunidades se daban ministerios importantes también a las mujeres. Posteriormente, el texto de 1 Tim 5, 3.9 indicará que había un catálogo para registrar a las que hacían una consagración particular. Con respecto a Febe, cabe aclarar que el apelativo de *diaconisa* no tenía poca importancia. Pablo se llamaba a sí mismo *diácono* cuando defendía su autoridad (2 Cor 3, 6; 6, 4) y cuando mencionaba sus títulos de honor (2 Cor 11, 21-23). Por otra parte, Febe es llamada *nuestra hermana*, lo cual no era simplemente una expresión de fraternidad, sino un título particular para los que ocupaban un lugar especial en la comunidad, como colaboradores directos del Apóstol. De hecho así se denomina a Timoteo (2 Cor 1, 1; Flm. 1) y a Sóstenes (1 Cor 1, 1) mencionados como co-autores de las cartas a los corintios. Además, Pablo se detiene a recomendar que reciban a Febe dignamente y que la asistan en todo, y se muestra agradecido de haber sido *protegido* por ella, así como protegió a muchos (Rom 16, 2).

Pero Pablo también manda saludos a otras mujeres, elogiadas por sus fatigas: María, Trifena, Trifosa, Pérside (16, 2), la madre de Rufo (16, 13), Julia y la hermana de Nereo (16, 15). Finalmente, habría que destacar a Junia, que recibe, junto con Andrónico, un pomposo apelativo: *ilustre entre los apóstoles* (16, 7)¹¹.

Todos estos saludos tienen el valor de mostrarnos una maravillosa riqueza de amor y de reconocimiento fraterno. Inmersos en un mundo hostil, los cristianos de las primeras comunidades valoraban el apoyo de la fe compartida y el sentimiento de la mutua pertenencia. Cualquier obra buena, cualquier entrega era valorada y agradecida. Y las mujeres, lejos de ser discriminadas, y a pesar de los límites culturales de la época (1 Cor 11, 5; 14, 34), en la práctica tenían amplias posibilidades de servir y de intervenir en la Iglesia; eran reconocidas en sus empeños y fatigas, y eran

¹¹ Las dificultades que planteaba el hecho de una mujer *apóstol* en los siglos posteriores, llevó a que se la convirtiera en un varón llamado *Junias*: B. BROOTEN, *Junia... hervorragend unter den Aposteln*, en MOLTSMANN-WENDEL (eds), *Freuenbefreiung*, Munich 1978, 148-151. Cf. también U. WILKENS, *La carta a los Romanos* (cit), 478ss.

recordadas con afecto. Todos eran servidores y amigos para la causa común: el Evangelio de Cristo.

Queda claro que Pablo, a su paso, dejaba comunidades ricas, con creyentes que, poco después de su conversión, asumían compromisos y funciones importantes en la comunidad. Se trataba de amplias redes con incisiva fuerza misionera, que daban lugar a comunidades en constante crecimiento y continuo enriquecimiento.

Vemos así que Pablo, aunque defendía su autoridad apostólica cuando estaba en juego la autenticidad del Evangelio, también promovía el libre desarrollo de los carismas en sus comunidades. Varios detalles de las cartas, si les prestamos la debida atención, indican que el estilo de Pablo era profundamente respetuoso, con una tendencia a evitar imponerse que a veces lo hacía aparecer como débil. Por ejemplo, a la hora de pedir algo a un colaborador:

En cuanto a nuestro hermano Apolo, le insistí mucho para que fuera a visitarlos junto con los hermanos, pero él se negó rotundamente (1 Cor 16, 12).

Algunos dirigentes corintios parecían acusarlo de ser demasiado tolerante:

Me presenté ante ustedes débil, temeroso y vacilante (1 Cor 2, 3).

Yo, Pablo, que soy tan apocado cuando estoy entre ustedes, y tan audaz cuando estoy lejos ... Porque algunos dicen que mis cartas son enérgicas y firmes, pero en cambio mi presencia es insignificante y mi palabra irrelevante (2 Cor 10, 1.10).

Dicen que hemos sido demasiado débiles (1 Cor 11, 21).

Aunque tenía el derecho que le daba su carácter de Apóstol de los paganos, cuando se dirige a los romanos, lo hace como pidiendo permiso:

Tengo un gran deseo de verlos, a fin de comunicarles algún don del Espíritu que los fortalezca, mejor dicho, a fin de que nos reconfortemos unos a otros, por la fe que tenemos en común (Rom 1, 11-12).

Hermanos, estoy convencido de que ustedes están llenos de buenas disposiciones y colmados del don de ciencia, y también de que son capaces de aconsejarse mutuamente. Sin embargo, les he escrito en algunos pasajes con una cierta audacia, para recordarles lo que ya saben (15,14-15).

Así podemos percibir mejor el tipo de Apóstol que era Pablo, quien aun teniendo sobrados motivos de gloria, sólo se defendía y se imponía si estaba en juego el Evangelio. Cuando él defendía su autoridad de apóstol (en 2 Corintios), o cuando aparecía con mayor fuerza su yo apostólico (en

Gálatas, y en Romanos) no lo hacía por una búsqueda de gloria personal. En 1 Tes 2, 4-6 pone al mismo Dios como testigo para afirmar que no ha buscado gloria o reconocimientos humanos. En Gálatas lo reafirma contundentemente:

Si quisiera agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo (Gál 1, 10).

Defendía su autoridad de Apóstol sólo para que lo aceptaran como enviado de Dios y así le abrieran las puertas para poder ayudarlos. Pero su modo ordinario de evangelizar consistía más bien en fecundar, promover, alentar y dejar en libertad, dando lugar a comunidades llenas de vida.

6. Un misionero nada burgués

Una comunidad encerrada en sí misma, por más cálidas y generosas que sean las relaciones, también es burguesa, es un individualismo prolongado en un grupo humano que se autoprotege. Las redes del individualismo sólo se rompen en las comunidades abiertas, que lanzan a sus miembros al mundo, que engendran y alientan misioneros. Y si de individualismo burgués se trata, cabe decir que sus enseñanzas sobre la justificación y la libertad cristiana no le llevaron precisamente a una vida de un cómodo consumista, poco afecto a compromisos y riesgos.

La entrega misionera de Pablo tiene mucho para decirnos hoy a tantos curas y seminaristas, y me incluyo, con pocas ganas de evangelizar, siempre a la defensiva cuidando sus tiempos de privacidad, sus espacios de placer o de autonomía, y a veces refugiados en una suerte de espiritualidad subjetivista que no alimenta un fervor generoso.

El encuentro de Pablo con Jesucristo fue al mismo tiempo, inseparablemente, un envío misionero. El Padre reveló en él a su Hijo para que lo anunciara entre los gentiles (Gál 1, 16). Por eso se nos cuenta que *en seguida se puso a predicar a Jesús* (Hch 9, 20).

Pablo respondió a ese llamado con toda la vida. Si bien se decía indigno de ser considerado uno de los apóstoles (1 Cor 15, 9), al mismo tiempo sostenía que, por la gracia de Dios, él había *trabajado más que todos ellos* (1 Cor 15, 10).

En su santa obsesión por darlo todo, prefería no vivir de su tarea misionera, y continuaba ganándose el sustento con su trabajo. Pablo aprendió en Tarso el arte de fabricar tiendas con tejidos rústicos (Hch 18, 3), oficio que desempeñó toda su vida (1 Cor 4, 12; 1 Tes 2, 9; 2 Tes 3, 8).

Su estilo misionero se refleja maravillosamente en algunos textos que vale la pena recordar:

Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo con todos para salvar a algunos a toda costa (1 Cor 9, 22).

¡Celoso estoy de ustedes con celos de Dios! Porque los tengo desposados con un solo esposo para presentarlos como casta virgen a Cristo (2 Cor 11, 2).

Por mi parte, muy gustosamente gastaré todo y me desgastaré completamente por ustedes (2 Cor 12, 15).

¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes! (Gál 4, 19).

Toda la vida de Pablo se convirtió en una existencia para los demás. No conocía una vida tranquila, ni podía entender que alguien se obsesionara por el placer, la comodidad o el descanso. Aun cuando él recibía algún consuelo de Dios, pensaba que era para poder transmitir ese consuelo a los demás:

Dios nos reconforta en todos nuestros sufrimientos para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios (2 Cor 1, 4).

Para un padre generoso como Pablo, no había posibilidad de vivir completamente en paz mientras alguien estuviera la estuviera pasando mal:

¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo no arda por dentro? (2 Cor 11, 29).

Por eso la oración de Pablo, más que una contemplación del misterio de Dios, tomaba la forma de intercesión. Por ejemplo, en Flp 1, 4-11 descubrimos hasta qué punto la oración de San Pablo estaba llena de seres humanos: *En todas mis oraciones 'siempre' pido con alegría por todos ustedes... porque los llevo dentro del corazón (Flp 1, 4.7).*

Sin duda, entonces, Pablo no es el padre de las espiritualidades burguesas, sino reflejo de la radicalidad de Jesús en su entrega comunitaria y misionera. Bien nos vendría hoy un poco más de ese espíritu.